

Francisco Núñez Roldán
*De Algeciras
a Estambul*

LV PREMIO DE NOVELA
ATENEO-CIUDAD DE VALLADOLID

algaida



La novela *De Algeciras a Estambul*, de Francisco Núñez Roldán, resultó ganadora del LV Premio de Novela Ateneo-Ciudad de Valladolid, que fue convocado por el Ateneo de Valladolid y patrocinado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Valladolid.



Primera edición: marzo, 2009

© Francisco Núñez Roldán, 2009

© Algaida Editores, 2009

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-194-7

Depósito legal: M-6818-2009

Impresión: Huertas, I. G.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

I.....	11
II.....	37
III.....	71
IV.....	93
V.....	115
VI.....	145
VII.....	171
VIII.....	193
IX.....	213
X.....	241
XI.....	267
XII.....	293
Apéndice documental.....	321

*«When a man has no freedom to fight for at home,
let him combat for that of his neighbours...»*

GEORGE GORDON, LORD BYRON
(Londres, 1788 - Missolongi, 1824)

*«Venís desde muy lejos..., mas esa lejanía
¿qué es para vuestra sangre, que canta sin fronteras?
La necesaria muerte os nombra cada día
no importa en qué ciudades, campos o carreteras.
De este país, del otro, del grande, del pequeño,
del que apenas da al mapa un color desvaído,
con las mismas raíces que tiene un mismo sueño
sencillamente anónimos, cantando, habéis venido...»*

RAFAEL ALBERTI
(A las Brigadas Internacionales)

A la memoria de Santiago Piñeiro de las Casas —militar liberal, exiliado con Fernando VII y padre de mi tatarabuela—, que mientras arrebatava cuatro cañones a los franceses en la batalla de Talavera, en julio de 1809, estaría muy lejos de imaginar que dos siglos más tarde un retazo de su vida iba a ser novelado por un descendiente suyo.

I

NO PODRÍA DECIR SI LA GOLETA ESTABA EN AGUAS inglesas o españolas.

Ni siquiera sé si entre Algeciras y Gibraltar andan ahora bien definidos los límites por mar, o se deben más a la cantidad de barcos que unos u otros tengan surtos en la bahía en cada momento. Imagino que el navío estaba dentro de la jurisdicción inglesa, es decir, a un tiro de cañón rasante, que es lo que solía usarse como referencia.

Sólo sé que remábamos contra el viento y contra las olas que crecían conforme nos alejábamos de la orilla. La *White Arrow* se dibujaba más oscura que la misma noche, con aquella luna escasa, entre nubes que el viento del oeste arracimaba y permitía ver a ratos. Detrás de ella, como un inmenso animal tumbado, mirando a tierra firme, la roca gibraltareña se alzaba, oscura, con algunos débiles fanales que se adivinaban en el puerto, y el faro en el extremo del Estrecho, más luminoso, como aviso o reclamo.

Lo último que me podía yo imaginar en aquella noche de octubre de 1823 era que intentaba llegar a un bar-

co atracado junto al puerto que unos años antes había examinado cuidadosamente desde la costa, a fin de iniciar otro asedio y tratar nuevamente de reconquistar la plaza. Ahora, paradójicamente, Gibraltar me resultaba un lugar codiciado por motivos contrarios. Lugar de refugio y puerta del exilio.

Pero los golpes de remo me obligaban a dejar especulaciones. A Rafael le ocurriría otro tanto. Ambos, inexpertos remeros, obedecíamos al ritmo que los dos pescadores mantenían delante de nosotros a ambos lados de la barca, que con las cuatro paletadas avanzaba seguramente más rápida de lo que yo imaginaba. Yo, hombre de tierra, poco hecho a las distancias y movimientos del mar, deseoso de subir ya a aquella goleta que se balanceaba, anclada proa a las olas, y a la que parecía que no íbamos a llegar nunca.

Sentada tras nosotros, callada, arrebujada en su capote, iba Inés, seguro que también escudriñando la oscuridad con sus grandes ojos negros. Negro sobre negro.

El pescador más viejo, el que nos había cobrado el pasaje y debía ser el dueño de la barca, nos mandó dejar de remar. Estábamos ya suficientemente cerca.

Dio un grito hacia la goleta. Un fanalillo osciló como respuesta en la borda. Debían estar esperándonos. Maniobraron ahora solos los pescadores, y se arrimaron por sotavento, para menguar los golpes contra el barco, del que descolgaron una red con filaretos para acolchar los golpes de nuestro balanceo. Luego dejaron caer una escala.

—¿Llega? —preguntó en español una voz asomada a la borda.

—Sí, bien —respondió el pescador mientras la sujetaba en el tolete del remo. Luego ciñó la barca a la red con un cabo.

—Bueno, Santiago —me dijo Rafael levantándose—, ahora, a ver si todo va como estaba previsto.

—Seguro que sí —respondí pese a mis dudas.

Rafael ayudó a Inés. Yo le di también la mano. Éramos más bien bultos o siluetas en la oscuridad, y no podíamos vernos los rostros.

Mejor así —pensé—, no nos transmitimos las preocupaciones.

—Subo yo primero —dije a Rafael—. Luego Inés y tú tras ella. Así puedes ayudarla. Esto de las escalas es más difícil de lo que parece.

Lo era, con las cuerdas moviéndose y vibrando bajo nuestro peso.

Arriba había varios hombres. Apenas podía distinguir sus rostros con la menguada luz del fanalillo. Uno de ellos, alto, uniformado se me dirigió en inglés con tono de mando.

—Perdón —respondí en francés—, pero no hablo su lengua. Sólo español o francés, como puede ver.

—Bueno —contestó en castellano la voz del que había echado la escala—. No se preocupe. Yo les traduciré lo que quieran decirse.

—El otro compañero, Rafael —añadí—, habla el inglés perfectamente. La señorita sólo habla español.

—¿Viene una mujer?

—Sí.

—No se nos había dicho nada.

—Dijimos tres personas.

—Sí, pero podían haber aclarado...

Para entonces Inés ya se dejaba caer al interior de la borda, e inmediatamente tras ella, Rafael.

Oí la voz del que debía ser el capitán del barco. Debió decir cosas poco agradables porque de inmediato Rafael le contestó en tono desabrido.

—¿Qué ocurre? —pregunté al marinero.

—El capitán dice que la mujer va a ser un problema. Que no hay habitación para ella.

—Dígale que contábamos con eso.

—Ya se lo ha respondido su compañero.

—Y que no se preocupe. Tenía que venir con nosotros de todos modos. Es la esposa de mi amigo —añadí mintiendo.

—También se lo ha dicho.

—¿Tienen ustedes pasaportes? —me preguntó de repente el capitán en un francés aceptable. Mi uniforme me hacía intuitivamente un interlocutor más apropiado.

—Sí.

—Bien —continuó—. Vayamos dentro. Vamos a verlos y ahora hablaremos de las condiciones.

—¿Qué condiciones? —pregunté sin moverme aún.

—Señor —me respondió mientras se giraba—, el capitán del barco soy yo. Yo hago las preguntas. Ahora, tengan la bondad de acompañarme.

Rafael y yo nos miramos en la penumbra. No nos quedaba más remedio que obedecer.

Éramos demasiada gente para el camarote del capitán, así que fuimos a la sala de marinería del barco, que

ocupaba la mitad del piso inferior. Un lugar amplio, con varias mesas y bancos en el centro, entre unos pocos cañones bien amarrados a sus argollas junto a los portillos cerrados. Olía a aceite rancio, a brea, y al esparto de los cordajes. Mundo de mar.

Trajeron dos quinqués grandes, les despabilaron las mechas y pudimos vernos mejor las caras.

El capitán era delgado, huesudo, con un gesto serio que pasaba veloz a una sonrisa que desaparecía con la misma presteza que había asomado. La marinería la constituían una veintena de hombres, y al parecer había cerca de treinta de pasaje, como luego supe. Por lo menos la mitad estaban allí. Eran jóvenes ingleses, franceses, suizos, alemanes y polacos. Casi todos andaban mezclados con la marinería, por lo que al principio no los distinguimos. Había curiosidad por ver a los recién llegados.

Iban todos de paisano. El capitán y yo éramos los únicos uniformados que vi por el momento.

Casi todos los pasajeros hablaban francés; eran evidentemente gente de mundo. Lo que aún no tenía yo claro era por qué en Algeciras nos habían recomendado aquel barco como el apropiado para escapar.

No tardaría en saberlo.

—¿Sus pasaportes? —solicitó el capitán nada más tomar asiento.

—Aquí están —respondí. Y adelantándome a sorpresas, aclaré—: son documentos franceses.

—Pero ustedes son españoles... —comentó.

—Lo sabe usted perfectamente, supongo. No tengo que decirle que la última ciudad, Cádiz, ha caído

ante el ejército del duque de Angulema, enviado por la Alianza...

—De la cual no forma parte mi país —me interrumpió.

—En efecto. Por eso estamos aquí. No se nos hubiera ocurrido huir en un barco francés, ruso o austriaco, lógicamente. Bien, el caso es que el cónsul francés en Cádiz, que a estas horas no lo será, supongo, nos facilitó pasaportes franceses a algunos oficiales y amigos liberales que él sabía que peligraríamos en caso de entrar las tropas de la reacción a instaurar a Fernando VII, como ha ocurrido.

—Creo que ya ha habido algunas ejecuciones.

—Sí. Lo contrario me habría extrañado.

—¿Ha participado usted en los combates, señor...
—leyó en el pasaporte— Santiago Piñeiro?

—Sí. En la defensa del Trocadero, el fuerte que defendía Cádiz por la bahía. Mi nombre es ese, pero soy capitán de artillería, aunque en ese pasaporte que me describe diga comerciante.

—Aquí a Gibraltar han llegado noticias de que ha habido enfrentamientos muy duros.

—Sí. Y mi compañero ha estado en las baterías de Cádiz. Incluso su esposa, en la intendencia. Son también liberales bien conocidos. Comerciantes de verdad, por cierto con familia en Inglaterra. Pero para nuestra gloria y desgracia, nos hemos significado mucho en estas últimas jornadas.

—Pero eso de los pasaportes —dijo como reflexionando el capitán— es ilegal. Ustedes lo saben.

Repitió lo mismo en inglés, mirando a Rafael e Inés.
Respondí yo:

—Señor, la ley es hoy, aquí en España y en media Europa, una palabra tan degradada que da mucha más vergüenza cumplirla que transgredirla.

—Es su opinión.

—Y más o menos de lord Castlereagh, el Secretario de Exterior de su país, que como usted ha recordado, no apoyó la invasión, ni a esa Alianza que se da a sí misma el nombre de Santa.

—Bien, bien, sigamos. El caso es que, mientras estén ustedes en mi barco, yo retendré esos pasaportes, como garantía.

—¡No puede usted hacer eso!

—Sí puedo —rio mirando a su hombres—, como garantía de que no desembarcarán ustedes en ninguno de los puertos donde atraquemos, camino de Inglaterra. No crea que me importaría que se quedasen en algún puerto italiano. Sé además que sería lo último que se les ocurriría, dada la situación internacional.

Y mientras sonreía extendió ante nosotros una mano larga, firme, huesuda.

Rafael pretendió protestar también, en inglés, pero no obtuvo respuesta, y la mano no se movió. La sonrisa tampoco. No teníamos alternativa.

Tras unas breves instrucciones sobre nuestra estancia en el barco, se nos indicaron dos hamacas al fondo de la sala. A Inés se le consiguió un pequeño aposento junto a la cocina, un recodo que formaban varios barriles. Permitía una mínima intimidad que se aumentó con una manta tendida de un lado a otro. No era poco, en las estrechas circunstancias.